



## René Girard Clausewitz en los extremos

Política, guerra y apocalipsis

discusiones

katz

¿Es aceptable considerar el catolicismo una religión de la razón? ¿Necesita el poder temporal constituirse siempre como una forma de teología política? Las conversaciones de René Girard con Benoit Chantre obligan a la doble pregunta.

Ambos discuten acerca de cómo un militar vio mucho más allá de lo que se supone que la cercanía del campo de batalla permite. Clausewitz se espantó. Girard nos dice que el militar prusiano, escribiendo su tratado *De la Guerra*, no tuvo el coraje de continuar extrayendo las conclusiones a las que la escritura de su investigación le estaba llevando. La necesidad del hombre por encontrar referentes había tenido mucha más influencia en su vida de lo que él mismo había imaginado. La dimensión social de esa misma pulsión que consiste en la búsqueda de modelos de actuación condujo a Europa a lo largo de los dos últimos siglos a una espiral de la que no se ha repuesto.

Ante todo, René Girard nos dice que las comunidades miméticas están condenadas a perpetuarse a lo largo de los tiempos. Tal vez el hombre descubra formas antropológicas nuevas que nos permitan salir de la paradoja —de la dualidad que hasta ahora no ha podido superarse— consistente en que lo humano fluctúa entre nuestra fe y nuestra razón. Que esa doble pulsión sea común dentro de cada uno de nosotros es precisamente la causa de

que su articulación externa, en forma de comunidad política pacífica, haya sido hasta ahora una solución meramente transitoria. La política, como solución que atempera las tendencias naturales del hombre, es útil mientras a la vez funciona de manera limitada la capacidad de mimetismo entre los individuos y los grupos. Esa capacidad mimética controlada nos permite identificados con aquellos que percibimos como *otros* y hacia los que nos abrimos porque no nos sentimos ajenos; pero siempre existe el riesgo de que los comportamientos puedan llegar a ser imitados con una precisión que nos desborda. Se produce entonces la homogeneización del grupo —el rito fundacional se transforma en la pretensión de una vida comunitaria plena—. Ese carácter mimético alcanza su paradoja en el momento en que la imitación es llevada al extremo, momento en el que en virtud de esa misma identificación quiebra el principio de alteridad. Toda forma de racionalidad queda vulnerada y somos conducidos al enfrentamiento.

Esto es lo que Girard explica a Chantre en la larga, distendida y estremecedora conversación que ambos mantienen a lo largo de las páginas de este libro. La música de la conversación se convierte en un *ritornello* sobre el problema de la Jena de 1806 y su contracara del París de 1940. Por momentos pareciera que los dos hombres conversan sentados ante una mesa presidida por un busto del Jano bifronte entre ellos.

Girard expone, una vez más, como *el espíritu del mundo que pasa a caballo* se presenta ante tres hombres que lo ven de distinta manera: Hegel, Clausewitz y Hölderlin.

Para Girard, Hegel nos predispone a que el deseo tenga más importancia que la razón a la hora de determinar la conciencia huma-

RENÉ GIRARD, *Clausewitz en los extremos. Política, Guerra y Apocalipsis. Conversaciones con Benoit Chantre*, traducción de Luciano Padilla López, Katz, Buenos Aires y Madrid, 2010, 306 pp. ISBN España: 978-84-92946-04-4. (*Achever Clausewitz. Entretiens avec Benoit Chantre*, Carnets Nord, Paris, 2007.)



na. La dialéctica hegeliana de la necesidad de reconocimiento, tal como la expuso Kojève, requiere la existencia del otro —son recíprocamente necesarios amo y esclavo—. Pero Girard nos avisa: el hombre desea la mirada del otro sobre el objeto más que el objeto mismo; y eso sólo se consigue por medio de una alteridad metafísica que requiere considerar al otro como *todo* y *nada*. El otro queda convertido así en *terroríficamente* prescindible. Esto es lo que Hegel no previó. Clausewitz nos lo presentó en un aparentemente simple tratado sobre estrategias de batalla. Llevó al extremo el argumento: produjo la inversión del principio de alteridad. Para Girard, Hegel convierte la cuestión en lucha de totalidades éticas; pero el *hegelianismo* disfraza el sacrificio del espíritu que es necesario para ello, y que no estaba tapado en Hegel. Ese ocultamiento es lo que genera una cierta forma de Iluminismo. Girard lo llama *el vaivén de las abstracciones de signo contrario*. En él reside el peligro con el que nos enfrentamos. Clausewitz sí lo vio y se espanta por ello. Girard nos dice que por eso retrocede, como quien no quiere asentar la mirada sobre aquello que ha vislumbrado de lejos. Por eso el autor de *De la Guerra* continúa su obra refugiándose en las estrategias de batalla; refugiándose, en definitiva, en la necesaria corteza de las cosas.

¿Qué es lo que se descubre en este libro sobre la figura de Clausewitz? Precisamente que fue capaz de ir más lejos que Hegel. Destapó o se atrevió a ver, aunque fuera por un momento, lo que Girard llama *una alteridad negativa* que va a ser la propia de un romanticismo gélido y teórico. Intentó compatibilizar la esperanza totalitaria con la prudencia política; con unas consecuencias impredecibles entonces. Girard habla de cómo se empieza a vislumbrar *un motor esencialmente recíproco*. Anticipo del *heideggeriano* emplazamiento del mundo a la técnica, que Levinas se verá obligado a corregir espantado ante el rumor de que Heidegger quería escribir una ética. En cualquier caso, Girard precisa: nos vemos obligados a atender a Clausewitz aunque nos resulte aterrador. Nuestra tarea será entonces considerar que ese espíritu absoluto al que nuestra razón ilumina nada tiene que ver con una *simple realidad* que sea posible para la humanidad. Ese espíritu ni siquiera nos sirve como máscara. El Estado, todo lo más, es una mera contingencia que suple en lo terrenal —y aquí alcanza el argumento su auténtico carácter aterrador— la imposibilidad de reducir la guerra a la razón.

¿En qué vía nos deja esta parte del diálogo? Por un lado cabe responderle con la eficacia demostrada que nos aporta *la filosofía de la moderación en las expectativas*. Girard viene a decir que como no hay saber absoluto posible, estamos obligados a permanecer en el corazón de la historia. *Los Libros* ya nos alertaban acerca de ello: “*El hombre no abarca las obras que hizo Dios desde el principio hasta el fin*” (*Eclesiastés* 3, 11).

Por otro lado, la función de las religiones sacrificiales arcaicas, que ante el conflicto desviaban la atención hacia un tercero, ya no tienen sentido. El cristianismo reveló que el tercero es inocente. Girard ha madurado su conocida tesis acerca del *chivo expiatorio* a lo largo de los años. En este punto radica el nudo del problema. Surgen de nuevo las dos cuestiones que encabezan esta reseña: la posibilidad del catolicismo como religión de la razón y la teología política como instrumento del poder temporal. Parece que no podemos escapar a la dualidad eterna que afecta a lo humano.

¿Cómo lo interpreta Girard? Para él, el cristianismo no es una religión, es la manera en la que Dios nos pide perdón por habernos revelado demasiado tarde el conocimiento de que todo sacrificado es inocente. El crimen como hecho fundacional de la moral y la política siempre se comete sobre aquél que libera a la comunidad de su culpa. Por eso el que libera a la comunidad tiene que ser el que asuma la culpa. El chivo expiatorio era el culpable; la comunidad quedaba liberada; la vida política era posible. La hermandad esen-



cial entre los hombres generaba una vida nueva: existía la posibilidad de humanidad. El rito y el sacrificio de las religiones arcaicas cumplían la función esencial a la que estaban destinadas: volver a unir —re-ligare— aquello que formaba un todo pero se había desunido. Hasta que llega el Cristo y nos pide el perdón en nombre de Dios por habernos ocultado que no expulsábamos el mal sino que sacrificábamos un inocente. Ahora sabemos que no podemos desplazar nuestra culpa, la convivencia con ella se hará insoportable. Esto nos sitúa ante un hecho dramático: tal vez la posibilidad de reconciliación entre los hombres haya quedado convertida en una ingenua creencia; los chivos expiatorios que nos possibilitaban esa reconciliación ya no sirven.

Girard nos ha puesto también ante el carácter limitado del tiempo. El hombre tiene un final. Hay una manera antropológica de interpretar la escatología cristiana por medio de la lucha apasionada y eterna que mantienen, a la manera *pascaliana*, la violencia y la verdad —lucha ahora convertida en la irreductibilidad de la guerra a la razón—. Otros creen en la nueva llegada del Cristo que nos ha de juzgar a todos. El Apocalipsis está por venir: un pueblo lo supo a mediados del siglo pasado. El final se volvió irreversible una vez que se tomó conciencia de él. Girard nos conduce al mismo punto por los dos caminos: por la Providencia o por la carencia de secretos de la Providencia. Pero el filósofo no se siente desolado; el hombre antiguo tampoco.

¿Qué pasa en cambio con la paz como mito del hombre moderno? Resulta estremecedor ver como la interpretación que Girard hace de Clausewitz redundante en detrimento de esa apoyatura de la modernidad. Nuestra escalada revolucionaria pudiera no tener por objeto la conquista de la libertad sino la consumación de los tiempos. El Humanismo moderno habría actuado inconscientemente para dar cumplimiento a los viejos relatos bíblicos. ¡Qué tremenda ironía! Es precisamente la primera gran revolución la que trasluce el verdadero sentido de las nuevas guerras: lograr el exterminio del otro. Por eso, insiste Girard, éste descubrimiento hizo que Clausewitz se aterrara y se hiciera más humano ante nuestros ojos. También es la razón por la que insistió en presentarnos *De la Guerra* como las enseñanzas militares propias de la experiencia extraída de los conflictos entre Estados. Un intento más de racionalizar la violencia; un noble intento que nunca está condenado al fracaso. Girard encabeza la presente edición con palabras de Pascal que resuenan a lo largo del texto: “*nada pueden violencia y verdad una por sobre la otra*” Sabemos que Pascal apelaba a la Divinidad para frenar a la primera. Sabemos que la tarea del filósofo es mantener viva la vigencia de esa antinomia mal planteada. Pero no podemos evitar seguir preguntándonos por qué no funciona ya esa pretensión. ¿Qué es lo que falla en nuestra moderna mitología?

Hay un encadenamiento lógico que funcionó un tiempo: según Clausewitz, el gobernante retuvo el ímpetu del estratega y éste el del populacho; de la misma manera el mito ocultaba la violencia, apunta Girard. Tal vez la clave moderna de la aceleración de la historia sea el punto más rotundo de todo el libro: “La ideología suplantó a la mitología; pero los mecanismos son similares. Una vez formulada la escalada a los extremos, a Clausewitz le resulta difícil convencernos de que un freno político todavía pueda contener las guerras. La historia se acelera de modo irremisible. Hay que aceptar la idea de que su curso escapará cada vez más a la razón”.

Faltaba todavía una mención a Hölderlin, la tercera figura que vio pasar *el espíritu del mundo a caballo*. Parece que no se sintió tan influido por él como Clausewitz y Hegel. Girard intenta hacer compatible la escatología con la modernidad recordándonos a Hölderlin: “*debemos estar a la altura de su silencio.*” Ante la moderna interpelación que Benoit Chantre hace a Girard al referirse a su tesis como la “*consumación de la hominización*” y verla como



un menosprecio de la distancia que la razón ha impuesto sobre la religión, Girard invierte los planos: la razón no marcó distancias, operó como el dique ante el océano. Puede que quiera decirnos con ello que la razón moderna ha sido el nuevo velo de Isis, pero nutrido por el cándido y encantador positivismo *comteano*. No despreciar la irracionalidad que toda relación humana introduce supone aprender a tomar en consideración también el silencio de Hölderlin. Esa tensión entre el dique y el océano es la que puede permitir que al estudiar la modernidad se puedan sacar conclusiones idénticas a las de Girard pero desde posiciones opuestas: Logos y Revelación nos mantienen a todos en su pugna.

*Antonio Ferrer*